Domingo 4 de Cuaresma C - Iglesia del Hogar: en Familia, como Iglesia doméstica, preparamos la Acogida de la Palabra de Dios proclamada durante la celebración de la Misa dominical

Páginas adicionales para la preparación

Falta un dedo: Celebrarla

1. Introducción a la Palabra del Domingo

1.1 Primera Lectura: Josué 5, 9. 10-12

Según los relatos el antiguo testamento el pueblo escogido marchaba durante 40 años a través del desierto. Uno se pregunta si Dios no lo pudo hacer de manera más expeditiva, más rápida. Eso mismo decimos en nuestras necesidades cuanto le pedimos a Dios que nos ayude. Siempre es arriesgado de tratar de explicar los pensamientos de Dios por qué uno corre el peligro de dejar de lado lo más importante. Pero una reflexión quizás nos pueda ayudar: ¿De qué sirven las pinturas más hermosas cuando uno es ciego? ¿De qué sirve la música más bella si uno es sordo? Vale decir que muchas veces somos nosotros qué tenemos que aprender, cambiar, capacitarnos para recibir el don de Dios en nuestra vida. ¿De qué nos sirve recibir la sabiduría de Dios cuando muchas veces no somos capaces ni siquiera de pensar ideas de sabiduría humana? Los judíos, que en Egipto habían sido nada más que una banda de esclavos, tenían que transformarse en pueblo para poder entrar a la tierra prometida. Aun estando ya en la tierra prometida el pueblo es este pueblo escogido falló muchas veces. Tenía que aprender a depender de Dios para poder vivir su fe purificada, libre de magias y conjuros rodeado, como estaba, de pueblos paganos. Nosotros también estamos rodeados de un mundo paganizado. Hoy por hoy utilizan una palabra más técnica: el mundo está secularizado. Nos contagia la manera de pensar y de actuar que observamos alrededor nuestro. La consecuencia: no entendemos la historia que Dios nos permite. Pienso que es legítimo hacer estas reflexiones cuando Dios no nos da lo que le pedimos con fe. Pidamos primero la capacidad de amar y luego el amor. Pidámosle primero la capacidad de creer en él antes de pedir fe. Así llegaremos tarde o temprano a la tierra prometido en el momento justo cuando más nos conviene.

1. 2 Segunda Lectura: 2 Corintios 5, 17-21

No sé si ustedes pertenecen al grupo de aquellas personas que piensan que pueden llevar su vida con un poco de suerte y con una buena dosis de esfuerzo. De esta manera, pienso, tengo mi vida muy bien arreglada y de antemano. De esa manera en la proyección del futuro todo tiene su lugar. En mi labor del sacerdote cuando no podía ver resultado alguno a pesar de mi esfuerzo denodado, pensaba que era culpa de los demás que no comprendían ni sabían lo que era bueno para ellos. A veces pensaba que todo era mala suerte. Un día un cristiano me hizo entender la verdad en el momento preciso. Yo me había quejado diciendo que me había preocupado por la conversión de los que dependían de mí, que había trabajado y me había esforzado, y que nadie se convertía. Ese cristiano me dijo con suma sencillez: "¿Por qué no te conviertes tú primero?" Ese era uno de aquellos momentos cuando uno ya no tiene respuestas ingeniosas. Sólo pude tragar saliva y callarme porque estaba delante de la mera verdad. Traté, en consecuencia, de arreglar mi conversión, traté de proyectar sus etapas, traté de aplicar los medios necesarios. No me salió bien. Y esta vez nadie tenía la culpa sino yo. Simplemente no pude llevar adelante lo que había pensado. En su momento el Señor me hizo comprender que él sí puede. Y es verdad. Lo he sentido en mi vida. Lo he experimentado. Él nos reconcilia por medio de su Hijo. Él perdona. Él nos renueva. ¡Dejen que Cristo de ustedes criaturas nuevas!

1. 3 Evangelio: Lucas 15, 1-3. 11-32

Esta parábola es la historia universal de Dios y del hombre. El hombre se aleja de Dios, desea vivir supeditado a sus gustos, a su manera, según sus propios criterios. Y se encuentra con la nada, con el fracaso. El hijo pródigo tuvo una gracia especial. Es cierto, muchísimas personas tienen la experiencia del fracaso. En consecuencia, se hunden en la tristeza. En cambio, para el hijo pródigo esta experiencia fue el punto de partida del retorno al Padre. A veces Dios permite esta experiencia del fracaso. Porque los hartos nunca sienten la necesidad de volver. Muchas veces Dios permite que busquemos el veneno de la muerte del vacío para que volvamos a él. Sólo en él hay salvación. El Padre nos espera en su hijo. Él nada nos reclama, nada nos pregunta, nada nos reprocha. Sólo espera y nos quiere. ¿Cuándo se confesaron la última vez?

2. 1 Reflexionemos los Padres

Muchas veces hay un enorme contraste entre la imagen de Dios que nos presenta Jesús y la imagen que Nosotros nos hacemos de El. Al fin y al cabo, toda nuestra relación con Dios depende del concepto que tenemos de Él. Si nuestra imagen es la de un juez, de una fuerza poderosa, de una providencia entonces lo que tenemos que hacer es pacificarlo, pagar tributo, utilizar trucos que nos han servido para con los demás; llevamos cuenta de nuestras buenas obras, oraciones, limosna, misas, promesas. Y le pasamos la factura a Dios para que él nos corresponda. ¿Es esa la actitud de un hijo con su Padre del que sabe que lo ama? Si Dios nos ama nuestro pecado no será sólo el quebrantamiento de una ley, el rechazo de unas normas, algo que hay que reparar para restablecer la justicia. El pecado es mucho más. El pecado es rechazo del amor de una persona, rechazo de la persona misma, es rechazo de Dios, lejanía, hambre de su presencia, comida de cerdos del hastío y de la desilusión. Conversión es volver al Padre, dejando atrás todo lo que nos separa y tener la seguridad que nos abraza, se alegra y nos hace fiesta.

Al reasumir nuestra condición de hijos, volvemos nuevamente a la obediencia. Obediencia del que se sabe unido al Padre y por amor hace todo para seguir unido a Él. Dios nos admite de nuevo a la comunión con él a que participemos en todo lo que tiene  sin que lo merezcamos.

A veces nos parece injusto el hecho de que existen los que trabajan, se sacrifican, no se separan nunca de Dios. Son como el hijo mayor de la parábola y aparentemente Dios no les reconoce el mérito mientras que el malvado de toda una vida, se arrepiente, y ¡zas! es readmitido en casa con un gozo y alegría. Es que la buena gente que piensa así ha olvidado en su rutina que "todo lo mío es tuyo" como dice el padre de la parábola. El poder vivir en la cercanía de Dios es premio suficiente. No nos volvamos duros e inmisericordes. Ya no seríamos hijos de nuestro Padre. Además, todos somos pecadores, todos necesitamos de esta gozosa seguridad que al volver Dios nos abraza, nos perdona, nos readmite.

2. 2 Reflexionemos con los hijos

Es difícil pedir perdón porque nos avergonzamos de admitir que hemos hecho mal, que hemos procedido de manera equivocada. Pero si uno quiere a la persona a la que ha ofendido, se sentirá mal hasta que haya arreglado el asunto. Esto vale tanto para la familia como para Dios. Si queremos sentirnos en paz tenemos que pedir perdón lo más rápidamente posible.

También puede ser muy difícil el perdonar al otro. Guardamos rencor y no queremos hablar con la persona que nos ha ofendido. Porque nos ha dolido mucho. Sin embargo, cuando nos pide perdón hay que perdonar enseguida y amistarnos nuevamente. Dice el apóstol San Pablo: "que no se ponga el sol sobre vuestra ira". Perdonar debe ser perdonar de verdad, olvidarse completamente. Ya no se habla del asunto

3. Relación con la Santa Misa

La eucaristía es el sacrificio y el banquete en que se celebra la reconciliación constante con Dios. Se alimenta nuestra vida filial por medio de la participación permanente en Cristo, causa de nuestra reconciliación. (Podemos contar la historia 41 de "La Santa Misa en 62 cuentos").

4. Vivencia Familiar

Al hacer la oración de la noche con los niños podemos estimularlos a que hagan un examen de conciencia. Podemos repetir con ellos las palabras del hijo pródigo. Enseñar a los hijos a pedir perdón dándoles el ejemplo. Y el saber perdonar significa que una vez perdonado y no se habla del asunto.

5. Nos hablan los Obispos Peruanos

"Es Dios mismo el que elige un pueblo como anunciador y portador de la salvación para los demás pueblos. Es Cristo que instituye la Iglesia presencia permanente en la historia de su salvación, su existencia en la historia es necesaria, como convocación de elegidos para anunciar la Buena Nueva, para iluminar en la luz que es Cristo a toda la humanidad. Sin ella los diversos caminos religiosos llegarían a perder su fuerza salvadora. Sin ella el amor humano perdería su significado para encerrarse en círculos estrechos y egoístas desconociendo las exigencias que tiene el amor, que sólo se conocen cuanto se aprende del ejemplo vivo del Maestro (Juan, 13-14) que hizo del amor el criterio de discernimiento de sus discípulos (Juan 13, 35). Si la Iglesia, el amor en la humanidad se agotaría ante la desilusión y el fracaso, ignorando la vitalidad y un amor que va hasta el fin (Juan 13, 1), de un amor que nos amó aunque nosotros éramos enemigos, pues estábamos en pecado (Romanos 5, 10)". (Evangelización 3. 2. 7).

6. Leamos la Biblia con la Iglesia

Lunes: Isaías 65, 17-21; Juan 4, 43-54

Martes: Éxodo 47, 1-9. 12; Juan 5, 1-3. 5-16

Miércoles: Isaías 49, 8-15 2; Juan 5, 17-30

Jueves: Éxodo 32, 7-14; Juan 5, 31-47

Viernes: Sabiduría 2, 1. 12-32; Juan 7, 1-2. 10. 25-30

El sábado: Jeremías 11, 18-20; Juan 7, 40-53

7. Oraciones

Acto de contrición.

Señor mío y Dios mío, todos los pecados de mi vida entera me pesan de lo más profundo de mi corazón, porque por ellos merecí ser castigado temporal o eternamente; porque he sido muy ingrato contigo, mi mayor Bienhechor; y sobre todo, porque te ofendí a Ti, oh Dios de infinita bondad. Hago ahora el firme propósito de corregir mi vida y de no pecar más. Jesús mío, dame tu gracia para cumplir como es mi propósito. Amén.

(Recomendamos a los padres la lectura de los primeros números de "Praenotanda: El Sacramento de la Reconciliación).